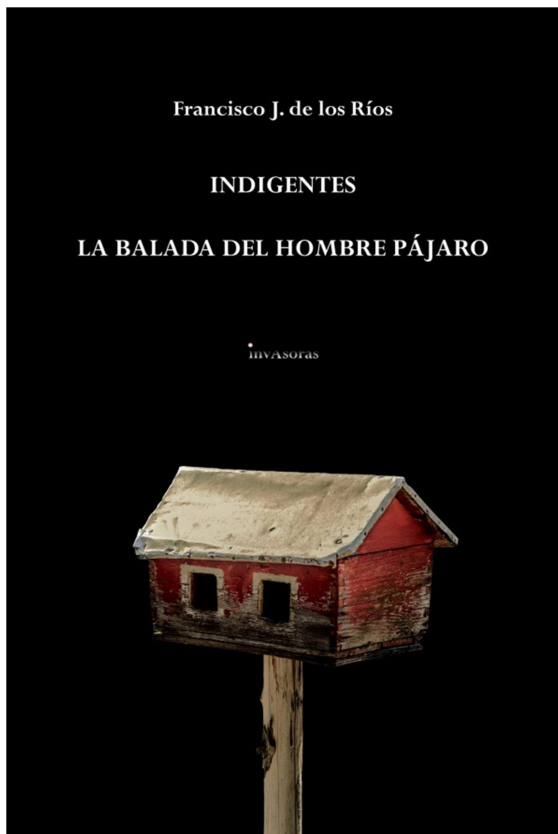


Francisco J. de los Ríos,
Indigentes. La balada del hombre pájaro

José Luis González Subías
Academia de las Artes Escénicas de España
jlsubi@hotmail.com



DE LOS RÍOS, Francisco J.,
*Indigentes. La balada del
hombre pájaro*, Madrid,
Ediciones Invasoras, 2020,
68 pp.

Ha tardado mucho el autor y director Francisco J. de los Ríos (Madrid, 1966) en decidirse a publicar una pequeña muestra de su obra dramática –la más reciente–, tras años de dedicación silenciosa al teatro, a pie de escenario. Los amantes no solo de la escena, sino de la literatura dramática, debemos sentirnos afortunados por la acertada decisión de inmortalizar en el libro lo que las tablas acaban convirtiendo en efímero; máxime cuando la calidad de lo escrito merece tal corona.

Ediciones Invasoras, que en poco más de cuatro años se ha convertido en una de las editoriales teatrales de referencia del país, con una apuesta decidida por la publicación de la obra de nuestros autores de hoy, ha sido la encargada de editar estas dos piezas de no muy larga extensión, que permitirán conocer –a quienes no lo hayan hecho aún– el sentido y la esencia de la propuesta escénica de este dramaturgo que desarrolla su actividad profesional en La Usina, sala alternativa en la que ha presentado todas sus nuevas creaciones en los últimos años, con un ritmo de trabajo y una continuidad que lo convierten, ahora mismo, en una de las voces del circuito alternativo madrileño más prolíficas e interesantes.

Cualquiera que se haya acercado al teatro de Francisco J. de los Ríos habrá comprobado por sí mismo su originalidad; una voz muy personal, que ha sabido encontrar un estilo propio –también en su forma de abordar los montajes y de concebir el hecho escénico–, surgido entre la necesidad y el compromiso de ofrecer un teatro pobre, pero rico en ideas; reflexivo e introspectivo, pero dirigido a la acción; y de una crueldad no exenta de piedad ante lo inevitable de un sufrimiento cuyos fantasmas afloran en los espacios libres de su fantasía. Unos fantasmas muy ligados a la esfera de lo gótico, ese mundo oscuro y misterioso, de origen romántico, que tanto ha influido en el autor en su permanente indagación sobre la esencia y presencia del mal en la especie humana.

Estas características se mantienen vivas en las dos obras reunidas en el libro que hoy queremos presentar, publicado hace unos meses por Ediciones Invasoras (Madrid, 2020), en un tiempo anómalo, de confusión, muerte y miedo, que parece extraído de una de las ensoñaciones del magín del dramaturgo.

La primera de las piezas que abre el volumen, *Indigentes*, se presentó en La Usina el 30 de junio de 2019, como muestra del laboratorio teatral llevado a cabo en dicha temporada por la compañía Teatro del Sótano, dirigida por Francisco J. los Ríos. Todo es simbolismo en esta obra decadente, deprimente, oscura, donde nada de cuanto sucede es baladí. Cada



palabra está cargada de significado. El autor se mueve en un terreno claramente literario, incluso poético con frecuencia, en el que la metáfora se convierte en un instrumento poderoso, pleno de intención: «La ciudad está llena de clavos que sobresalen de las maderas, como si lucharan por salir de allí. Y, en su intento, son golpeados y quedan torcidos. ¿Los ha visto? La ciudad está llena de clavos torcidos que ya no pueden volver a entrar y se quedan ahí...» (p. 24). Los personajes, perfectamente trazados, constituyen entes simbólicos, representativos de determinados estratos sociales y humanos, reconocibles en sus nombres: Viejo indigente, Contable, Mujer Desahuciada, Hombre, Amante, Despojo, Piltrafa, Mujeres Elegantes, Mujer Tortuga, Ángel Caído...

Se trata de una obra impregnada de cultura—se introducen fragmentos de la *Biblia*, se citan versos de *Las flores del mal* de Baudelaire, y de Cavafis, autores salvados del «escrutinio» de libros que realiza el Ángel Caído en una caja abandonada—, en la que afloran un conocimiento humano —se alude al Principio de Pascal, a la Teoría del Caos de Heisenberg— y una sensibilidad artística que no han servido para atajar la falta de amor, la hipocresía, la crueldad y el absurdo de un mundo deshumanizado. No hay conflicto dramático —en el sentido ortodoxo del término— en ella. La trama la constituye una sucesión de escenas unidas por un espacio compartido y un drama conjunto que afecta a la historia particular de cada personaje y grupo de personajes. Incluso al Hombre y a las Mujeres Elegantes, cuyas figuras sirven de contrapunto para realzar al resto y son parte inseparable de esta tragedia colectiva que afecta a toda la sociedad.

Si la acción de *Indigentes* transcurre en una calle mugrienta y abandonada de la ciudad, donde la suciedad y la basura extendida por el suelo tienen un destacado protagonismo, *La balada del hombre pájaro*, pieza estrenada en La Usina en abril de 2018, se desarrolla, directamente, en un vertedero de papel en el que se acumulan además otros objetos, junto con calaveras y huesos. Hay algo de Arrabal —de Fernando Arrabal, aunque



también en el sentido de barrio marginal, adlátere de la ciudad pujante– y de su teatro pánico en la obra dramática de Francisco J. de los Ríos; apreciable en este texto complejo y de difícil interpretación, que el autor relaciona con el «realismo mágico» y cuyas «acciones se desarrollan durante un eterno atardecer cuya noche no llega nunca» (p. 43).

La relación entre dos extraños personajes –la Mujer y el Hombre Pájaro–, tan irreales y simbólicos como el marco en el que se desarrolla una acción apenas existente, y un tercer Hombre, presente en la conversación de ambos y que aparecerá antes de que todo termine, cuando la Mujer ya se ha marchado –liberada por el Hombre Pájaro–, llevándose a su «bebé», es todo cuanto sucede en una escena que transcurre en un ambiente deprimente, casi asfixiante, incómodo, cuyo sentido, marcadamente críptico, es aún más simbólico y poético que en la obra anterior. Las bolsas de basura y los seres que viven con ellas –en ellas– son los desechos y despojos de una humanidad que se devora a sí misma y es aniquilada por su ingenio para matar. Falta el agua en este mundo y ni siquiera los pájaros son ya el modelo de bonhomía –«Los pájaros no tienen maldad»– y libertad a que aspira el hombre: «No debe fiarse de los pájaros. Nunca se sabe qué traman» (p. 67)...

La desolación se abre paso en este teatro de palabra e intenciones, teatro del *Sótano*; duro, decadente, poético, implacable... Y el alegato antibelicista que encierra *La balada del hombre pájaro* cobra todo su sentido con el fundido a negro que deja tras de sí una explosión nuclear que lo ilumina todo.

Una lectura más que recomendable –cuya segunda edición probablemente esté ya a la venta cuando se publiquen estas líneas– para acercarse a esa otra dramaturgia que se realiza hoy en la marginalidad de los teatros menores, alternativos, independientes, que pocas veces tiene la posibilidad de divulgarse a través de la obra impresa. Damos la enhorabuena a Ediciones Invasoras por esta acertada elección editorial y al autor,



Francisco J. de los Ríos, a quien animamos a seguir haciendo pública su obra llevándola no solo a los escenarios sino a los libros.

